A LOS VEINTE AÑOS

Durante el Decanato del Dr. Roberto H. Marfany, egresado de esta Casa, fue creado el "Instituto de Investigaciones Históricas" de la Facultad de Humanidades, institución equivalente a nuestro actual Departamento de Historia. La respectiva ordenanza de creación fue aprobada por el Consejo Directivo en sesión del 25 de febrero de 1949. El 31 de diciembre del mismo año apareció el primer número de *Trabajos y Comunicaciones*, revista oficial del Instituto, bajo la dirección del profesor Heras. Carlos Heras, egresado también de nuestra Casa, fue durante muchos años, hasta el día de su muerte, el 13 de diciembre de 1966, profesor de tan extenso como calificado grupo de graduados que han dado lustre, en todas las universidades argentinas, a la ciencia histórica.

Veinte años como los cumplidos por nuestra institución, es cosa que sorprende. Por otra parte, una revista altamente especializada, enfocada con todo rigor científico, sin concesiones, que ofrece al lector culto veinte números, significa en nuestro ambiente algo verdaderamente insólito. Salvo los que se han pasado la vida en este duro oficio de la investigación histórica se detienen respetuosos antes de avanzar un juicio acerca de lo que es y debe ser un centro de estudios de esta naturaleza.

Para el resto el campo de la historia es algo así como cosa de nadie. Y si al pasar revista a estos últimos años confrontamos los esfuerzos de quienes mantuvieron con su labor la institución y sus publicaciones, observamos entre otras dificultades que debieron ser superadas, la permanente, denodada y fecunda resistencia de la historia al constante asedio impuesto por el contorno. No es sólo el desplante del jovencito bullanguero que reclama su puesto bajo el sol sugiriendo temas y métodos que se le antojan novedosos; es el gesto de suficiencia de quien no habiéndose introducido del todo en el campo de las ciencias generalizadoras, trata de imponer su recién aprendida lección. Es el político, llamémosle así, que daba por cierto aquello de que "la historia es la política del presente y que ésta es la historia del futuro" y alentado por la conseja se improvisaba una cultura histórica tan menguada como vana. Es el reclamo de la calle que quiere una historia fácil y sin problemas.

Durante el siglo XIX, la historia se enfrentó victoriosa a las asechanzas de otras ciencias que intentaron dirigir su quehacer específico y lo mismo que hogaño, delimitar su campo de acción e incluso señalar su metodología. En momentos en que las ciencias de la naturaleza ejercían orgulloso señorío y el darwinismo dejaba honda huella en la literatura, lo mismo que en el campo de las ciencias sociales recién constituidas, la historia, como diría

Huizinga, recalcitrante contra esquemas y sistemas, apenas se sintió tocada. No dudo que en la emergencia que atravesamos, en la que todos estamos interesados y metidos, la historia salga victoriosa. Creo, con todo, que la caída que hemos sufrido es grave y que costará mucho trabajo rescatar cuanto hemos perdido.

Nuestro Departamento ha alentado vocaciones con entusiasmo y con acierto. No puedo ocultar que en algo he contribuido a crear una nueva conciencia. Mi confianza en nuestros jóvenes no fue defraudada cuando llegado el momento ganaron sus respectivos concursos en esta Facultad y en otras del país. El Departamento de Historia, desde su creación, ha sido dirigido por los egresados de la Casa. Y como en esto me corresponde alguna responsabilidad, creo necesario agregar algunas palabras. Estamos todos de acuerdo en lo fundamental. Al menos ninguno ha expresado públicamente su disidencia. Lo digo así, con cierto aire de desafío. Creo ser el vocero de todos los que trabajamos juntos. Juntos, naturalmente, por algo más que la simple proximidad física. Tal vez porque seguimos pensando que cuanto más se enriquece el campo cultural más denso y profundo se torna el saber histórico y porque repudiamos esquemas presuntuosos y enervantes que limitan y empobrecen nuestra ciencia.

No desdeñamos, debemos decirlo y proclamarlo bien alto, las observaciones que salen a nuestro encuentro. Por el contrario, intentamos, en todos los casos, canalizar inquietudes noblemente sentidas y respetuosamente expresadas. Es precisamente el respeto que creemos deber a quienes se dedican a tareas de este linaje, lo que nos lleva a escuchar críticas y aceptarlas si ello contribuye a mejorarnos. Va de suyo que rechazamos toda posición quietista y contraria al progreso de nuestra ciencia.

De lo dicho se desprende que no todos los que tienen algo de común con nuestro quehacer específico han estado siempre de acuerdo con nosotros. Acostumbramos a confesarnos en público y en alta voz. Unas veces fueron alumnos que creyéndose honradamente modernos y hasta avanzados han calificado nuestras posiciones de venerables antiguallas. En otras, no muchas, los mismos profesores nos hemos visto enfrentados en el planteo de ciertas tesis. Jamás esto último hizo peligrar el respeto y afecto que nos debemos y profesamos. Fuera del ámbito académico y universitario hemos merecido críticas dignas de ser escuchadas. Resumiendo y para todos los casos, podemos decir que unas veces fue el enfoque de los temas, cuando no el tema mismo, la razón del desencuentro; había y hay quienes consideran que ciertas épocas de nuestra historia, alejadas en el tiempo, apenas merecen un ligero recuerdo, propugnando se ponga el acento en el estudio de momentos más próximos. Desde la discrepancia fundada, digna de ser atendida, hasta el más inesperado dislate, oscila cierto tipo de crítica a la que hemos debido enfrentar. Pero cualesquiera hayan sido los extremos de esa crítica, en algo estábamos de acuerdo. La historia seguía siendo para ellos y para nosotros una disciplina humanística. Y he aquí que en este fin de año de 1969, el Sr. Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires dio en la flor de cambiar de ubicación a la asignatura Historia Económica y Social —así como suena: y social— quitándola del Departamento de Humanidades donde estaba y poniéndola en el de Economía. Se dieron argumentos que parecen gozar de gran predicamento en algún país extranjero. Culmina con ello un episodio que de no ser desgraciado, resultaría gracioso. Pues basta saber que el más terco y redundante valedor

de la nueva secta sin cuya fantasía el Sr. Decano no hubiera llegado, en mal punto, a tal reforma, es el autor de un tema cuyo enunciado no tiene desperdicio: "*Historia* de la estructura de la economía actual". Sin comentarios.

El cambio que entraña la susodicha reforma no se reduce a una simple cuestión de forma. Se trata, nada menos, que de diferencias en cuanto al lugar que debe ocupar el hombre colectiva y culturalmente, en el proceso de la historia.

En este Departamento se conserva en su total extensión y vigencia la idea de que el hombre sigue siendo el creador de esta aventura que es su vida en sociedad; el centro de su propia observación y reflexión, pues es mirándose a sí mismo, suponiendo y aceptando análoga psicología y mecanismo mental en todos los hombres, que puede pensarse legítimamente en reconstruir en forma inteligible el proceso histórico. Es, además, y por último el narrador de su propia aventura. Y esta aventura será más fácilmente re-creada y más digna de ser conocida en la medida que la historia se mueva dentro de un ambiente densamente culto. Y se enrarece el aire vivificante que debe penetrar por todos los poros de la historia si a ésta se la saca de su ambiente natural que son las Humanidades.

Hace años que advertido de los intentos llevados por otras ciencias para poner nuestra historia a su servicio y adelantándome a los sucesos que preveía y que se están cumpliendo, escribí a mi ex alumno y gran amigo el Dr. Dardo Pérez Guilhou para que, junto con algunos egresados de nuestra Facultad que ocupaban cátedras de Historia en otras universidades, promoviéramos una reunión para estudiar la situación de los estudios históricos en nuestro país. A pesar de su vivísimo interés, el Dr. Pérez Guilhou, exigido por sus tareas universitarias, no pudo en aquel entonces colaborar en el proyecto.

La enunciación de los trabajos incluidos en los veinte volúmenes de *Trabajos y Comunicaciones* se presta a las reflexiones que siguen. La mayor parte de las colaboraciones se deben a los profesores y egresados de la casa. Estos, a su turno, forman parte de tres grupos o promociones; el primero siguió el magisterio de Ricardo Levene, que contó con la colaboración de figuras inolvidables como: Torres, Guaglianone, Carbia y Oría; el segundo marchó tras Carlos Heras; el último, lo componen nuestros ex alumnos, dándose el caso poco frecuente que el nombre de dos profesores, colaboradores de la primera hora, se encuentren con el de sus hijos en las páginas de la Revista. A pesar de la jerarquía científica de nuestras publicaciones, conocidas y utilizadas por nuestros mejores investigadores, no parecen gozar de predicamento en otros sectores que no sean los muy estrictamente especializados. Nuestros investigadores parecen correr la misma suerte. Entre todos los egresados que integran el cuerpo de profesores de la Facultad y el personal docente del Departamento —me refiero únicamente a los que han quedado en La Plata— han merecido, todos ellos juntos, las distinciones que uno solo de otras universidades ha recibido. Ni una sola beca, ni un solo viaje al extranjero, ni una subvención, ni un libro. Después de perder más tiempo de lo que era lícito pedirme solicité, siendo Decano de la Facultad, para el Departamento, un catálogo o guía de la bibliografía historiográfica americanista. Su precio hacía que la obra fuera para nosotros inaccesible. Lo pedí a alta y prestigiosa institución que prometió, así parecía al menos, adquirirlo para nosotros. Se compró, es cierto, pero quedó en Buenos Aires.

Así, a lo pobre, al margen de toda publicidad, promoción o ayuda hemos superado dificultades que en el mismo número, para otros más agraciados, han sido facilidades. Todo esto había que decirlo; en ese caso lo natural era, como ha sido, que lo dijera el Jefe del Departamento. No hay amargura, mucho menos resentimiento. Lo cierto es, que bien mirada la cosa y por camino travieso, esta suerte de desapreciar nuestra tarea ha resultado a la postre, un singular privilegio. Aparte de la vocación que nos induce a él, sólo el trabajo es nuestro aliado. Los centenares de títulos que este grupo de La Plata ha entregado a la consideración de los estudiosos habla con elocuencia más que suficiente como para eximirme de ser más largo.

En el próximo número de *Trabajos y Comunicaciones* aparecerá una reseña breve de las características fundamentales de la tarea realizada en el campo de los estudios históricos en La Plata y las gentes que la lleva a cabo. El actual Departamento de Historia, continuador en cierta manera del Centro de Estudios Históricos que fundamos en 1932 y del que se dijo constituir la Escuela de La Plata junto con el Archivo Histórico "Ricardo Levene" de la provincia de Buenos Aires, fundado y dirigido por gente de Humanidades, definen el carácter de una labor digna de mayor atención y de la que hablaremos próximamente.

Al terminar deseo hacerlo con un recuerdo simpático. La lista de colaboradores de nuestras publicaciones pone en evidencia el papel que la mujer juega en nuestro Departamento. No deseo hacer comparaciones odiosas. No sé en qué centro universitario se encuentra la mejor historiadora del país, si es que ésta se halla en tal ambiente. En cambio sé que un grupo de mujeres tan numeroso como distinguido, dedicado al estudio de nuestra historia y conocido por sus brillantes contribuciones en libros y monografías, sólo se encuentra en nuestro Departamento. Son nuestras egresadas a quienes rindo el cálido homenaje que merecen todos aquéllos que lo mismo que ellas han prestigiado la Institución con su esfuerzo.

Al pasar revista de estos últimos veinte años vaya nuestro recuerdo y agradecimiento para quienes fueron nuestros maestros. A nuestros alumnos y discípulos, que esperamos el momento de celebrar sus éxitos, que serán los nuestros.

ENRIQUE M. BARBA
Jefe del Departamento de Historia